



JUAN ANDRES
CULTURALISTA ESPAÑOL DEL SIGLO XVIII

POR

JUAN FRANCISCO YELA UTRILLA

En trance de cumplir la promesa hecha en el número retropróximo de esta revista, dedicando unas cuantas páginas que rememoren al culturalista español Juan Andrés en el segundo centenario de su nacimiento, viene a los puntos de la pluma con la tentación de lo extremosamente sugestivo el nombre del garandante de Ginebra, Rousseau, como personificación de eso que podríamos llamar *misognosis*, algo central dentro de los problemas que plantea la ciencia de la cul-

tura y no ajeno a la misma razón de ser de este nuestro ensayo. Juan Jacobo Rousseau con sus dos escritos presentados a un concurso abierto por la Academia de Dijón (tan sólo premiado el primero) y titulados respectivamente *Discours sur les sciences et les arts* (París, 1750) y *Discours sur l'origine et les fondements de l'inegalité parmi les hommes* (Amsterdam, 1755), si por una parte es un llamamiento a «Amr» que, como exacto ejecutor de las órdenes de Omar, reduce a cenizas escudado por el célebre dilema la Biblioteca de Alejandría (1), se entronca por otra a causa precisamente de esa su misogynosis con ciertas corrientes del pensamiento filosófico moderno, llámense vitalismos, existencialismos, crisis-catástrofes de la cultura o como se quiera, en las cuales afloran dejos misogynósticos, de odio a la cultura en cuanto equivalente a las ciencias y artes, al pensamiento oral o escrito.

Hay en todo esto un triunfo de la naturaleza,—si madre, hermana, novia o madrastra, sería largo exponerlo—, y al mismo tiempo evidente inercia mental, que nos hace retroceder asustados frente al inmenso cúmulo de conocimientos que incluye la cultura hasta nosotros transmitida con ansias de pervivencia. Ante la casi infinita serie de tales conocimientos, cuyo posible dominio nos abrumba cual demente pesadilla, placería a no pocos entregarse al sueño de un completo olvido, cuyo despertar fuese encontrar pasto de las llamas museos, archivos y bibliotecas, y empezar entonces de nuevo la vida mano a mano frente a la pura naturaleza, sin ese ingente lastre libresco que va acompañando y aun constituyendo la actual cultura. Sueños naturalísticos que se convertirán en despertares plenos de contrasentidos, como lo está en el fondo la filosofía de Rousseau, impregnada hasta la saturación, como todas las de su siglo, en ese racionalismo cultural

(1) Aludimos sencillamente al relato tradicional de Bar-hebraeus o Abulfaragius, sin quitarle ni ponerle valor histórico.

tan abominado al parecer. La necesidad consiguiente que grava lo histórico es fatal, como todo lo necesario, y lo que ha sido, pervivirá de alguna manera, querámoslo o no, venciendo todos nuestros propósitos de sepultarlo para siempre, ya que esto equivaldría a sepultar en cierto modo nuestro sí mismo.

• • •

Lejos de nosotros la posición rousseauniana y sus afines por figurar en nuestra tabla de valores el de la cultura aun puramente intelectual, el haber sido Juan Andrés uno de los primeros que substantivizan tal fenómeno o valor, sería más que suficiente para motivar nuestro estudio. Si a ello unimos la resonancia que en su tiempo encontrara la obra de Juan Andrés y aun dando por supuesto el silencio que después ha pesado sobre la misma, vale la pena este intento de resurrección homenaje, que a más del motivo puramente histórico de un valor que fué, puede tener el de contribuir a la formación de nuestro ser colectivo actual de españoles, para nosotros capital en todas nuestras tareas.

Empezando por lo más cercano a nosotros, las resonancias de Juan Andrés en lo actual se reducen a leves reseñas en enciclopedias y en tal o cual manual de historia de la literatura, con sus acostumbrados yerros o despistes. Mayor importancia que estas referencias dentro de España, tiene para nosotros la que merece Juan Andrés a los autores de la *Encyclopaedia Britannica*, la mejor del mundo dentro de su género, en la cual pervive nuestro compatriota ante la cultura universal por medio de su principal obra, cuyo estudio va a constituir casi exclusivamente el tributo de nuestro homenaje centenario.

Dicha obra lleva por título en la edición original italiana

«*Dell' origine, progressi e stato attuale di ogni letteratura, o sea, Sobre el origen, progresos y estado actual de toda literatura.* (1)

Que sepamos juicio adverso sobre dicha obra no existe otro que el de José Carducci, en el cual, más que al hombre que serenamente ha recorrido las páginas de la misma, se ve al carbonario «come frailes», que desahoga su bilis anticlerical, despachándose con cuatro dicterios. Califica en efecto Carducci a Juan Andrés de «fraile presuntuoso, que quiso abarcar toda la cultura humana y, aunque alguna rara vez acierte, presenta inexactitudes y errores sin cuento. Juzga tajante, desconsideradamente, sin razón y frecuentemente sin conocimientos; su gusto oscila entre lo francés y lo académico; desprecia lo verdaderamente grande y mima lo mediocre». (2)

Cierto que ni Carducci ni probablemente mortal alguno de la generación presente ha tenido la paciencia de leerse la obra del P. Juan Andrés, con sus tres mil páginas en cuarto menor del cuerpo ocho; pero el que hoy no tenga lectores la dicha obra, nada prueba respecto de que los tuviera antaño, por altamente apreciada, ni inucho menos puede significar que su autor no haya aportado algo verdaderamente valioso a la cultura.

(1) La edición italiana a que nos referiremos siempre, aparece como *nuova edizione conforme all' ultima di Roma con giunte e correzioni dell' autore, e l' elogio storico del medesimo scritto da Mons. Cav. D. Angelo Antonio Scotti. Napoli, Borel e Bompard, 1836-1838*. Nueve volúmenes en ocho tomos. Existe traducción española hecha por el hermano del autor, Carlos, y publicada en Madrid por Sancha. En las frecuentes citas que haremos, con referencia a la edición italiana, nos limitaremos a consignar tomo y página.

(2) Carta de Carducci a C. Gargiollo, de fecha 12 de enero de 1860, publicada por A. Lombroso en «*Miscellanea Carducciana*», Bologna, 1911, página 186. Apud G. Loria, Guida allo Studio delle Matematiche; Manual Hoepli, Milán, 1916, pág. 107, nota 1.

Tan sólo el haberse publicado una segunda edición de tan ingente obra, patentizaría que se trataba, no ya de un fracaso, sino de un éxito en punto a lectores, y por tanto a círculo de personas más o menos influídas por ella; pero he aquí, que publicada en Parma la primera edición de dicho libro en los años de 1782 al 1799, o sea, en los azarosos tiempos finales del siglo XVIII, se ve reproducida durante el primer tercio del siguiente en Venecia, Prato, Pisa, Roma y Nápoles, es decir, cinco veces, y esto sin contar una edición incoada en Nápoles en 1796 y suspendida en el 1799; todo ello sin olvidar que dicho primer tercio no es para Italia tiempo de paz, sino de contiendas de todas clases. Y aun hay más: a pesar de las luchas que conmueven a toda Europa, la obra es traducida al español ya en 1784; a continuación al alemán, y en 1805 al francés, aunque sólo el primer tomo, que es como una especie de síntesis cronológica de todos los conocimientos o estudios humanos. Ya entrado el siglo XIX (1838-1846) aparece también en lengua francesa un compendio.

Hechos son todos los enumerados que como mínima razón suficiente exigen tratarse de un libro muy mucho leído y, por tanto, de amplio influjo dentro de la generación que acogió tan favorablemente tal número de ejemplares. Ni para explicar tal hecho cabe recurrir a la amenidad vulgar de la lectura, cual si se tratase de una obra similar a los Tres Mosqueteros o al Conde de Montecristo: la producción de Juan Andrés sino de intrincada y sutil filosofía, es por lo menos obra de meditación y estudio, de lectura por tanto reposada y atenta; no cabe emprender su lectura cual si se tratase de un libro de ameno solaz o esparcimiento.

Al sólo título de tal obra, la primera pregunta que aparece obvia, es la de si no será verdad la presunción de que moteja Carducci al autor español, no valiendo como excusa para justificar el intento, lo que ya adelanta en el prólogo el mismo Juan Andrés, al recordar el axioma latino «in magnis et

uoluisse sat est». (1) Una obra en la que se intente exponer filosóficamente el origen y progreso de todos los conocimientos humanos, se le ocurre a cualquiera como descabellado intento, aun más, cuando dicha exposición haya de llegar al detalle que denuncia la sola ojeada a los índices de la monumental obra que estudiamos.

En efecto, en el segundo tomo de dicha obra vemos tratada la literatura o poesía, en todas sus formas, desde la épica a la novela. En el tercero, 1.^a parte, se habla de la elocuencia, sin olvidar la dialogística o diálogos y la epistolar; y en la segunda parte del mismo tomo tercero vemos estudiadas la historia, geografía, cronología, anticuaría, gramática, exegética y crítica. A partir del cuarto empiezan las ciencias, versando el mismo sobre matemática, mecánica, hidrostática, náutica, acústica, óptica y astronomía. Trata el quinto de física, química, botánica e historia natural. En el sexto vemos estudiadas la anatomía, medicina, filosofía y jurisprudencia. Finalmente los dos últimos están destinados a las ciencias eclesiásticas, versando el séptimo sobre teología y el octavo sobre sagrada escritura, derecho canónico e historia eclesiástica.

El intento de escribir una obra de la envergadura que supone el índice expuesto, no parecerá tan descabellado si se para mientes en que dicho trabajo no es algo aislado en la producción de Juan Andrés, sino que por el contrario, sus tres mil páginas constituyen tan sólo una parte, aunque la más esencial de ella. Dando una simple ojeada a las obras impresas, que ascienden a veinte sin contar la básica, y a las inéditas, que llegan a quince, vemos extenderse la actividad de nuestro autor por los más dispares campos del saber. Así encontramos cual partos del ingenio de Juan Andrés, estudios

(1) I, pág. XLII.

de historia literaria (1), al lado de otros correspondientes a la geografía, historia política, gramática y antigüedades (2).

(1) Versan sobre historia de la literatura los siguientes: Lettera al Signor Commendatore Gaetano Valenti Gonzaga, sopra una pretesa cagione del corrompimento del gusto italiano nel secolo XVII (Cremona 1776 en 8.º. Traducida al español y publicada en Madrid, 1780); Dissertazione sull' episodio degli amori di Enea e di Didone introdotto da Virgilio nell' Eneide (Cesena, 1788. Traducida también al español y publicada en el mismo año en que apareció en lengua italiana, en la cual tuvo una 2.ª edición); Carta a su hermano D. Carlos Andrés, dándole noticia de la literatura de Viena (Madrid, 1794. Traducida al italiano y al alemán); Cartas a su hermano don Carlos Andrés, en que le comunica varias noticias literarias (Valencia 1800); Lettera sullo stato presente della Letteratura Spagnuola ad Ottavio Ponzoni (Publicada en la *Ape* de Florencia, número 10,28 de mayo de 1804. pág. 514); Prodromus in Anecdota Graeca et Latina ex MSS. Codd. Bibl. Regiae Neapolitanae (Nápoles, 1816); De' Comentarîi di Eustazio sopra Omero e de' Traduttori di esso. Como obra inédita referente asimismo a asuntos literarios, citaremos la titulada «Notizie di due poemetti greci di Giovanni d' Otranto e Giorgio di Gallipoli del secolo XIII esistenti nella Laurenziana di Firenze.

(2) Tratan de alguna de estas disciplinas las siguientes obras de Juan Andrés: Lettera sopra il rovescio di una medaglia non inteso del Maffei, al Signor Conte Alessandro Muratori (Mantua, 1778. Traducida al español y publicada en esta lengua; Madrid 1782); Lettera sopra la Musica degli Arabi a Gio. Battista Toderini (Venezia, 1787); Cartas familiares a su hermano don Carlos Andrés.,. (Madrid, 1791-95; cinco tomitos. Traducidas al alemán); Ricerche sull' origine e vicende dell' arte d' insegnare a parlare a sordi muti (Viena, 1795. Traducida al español); Catalogo de' Codici manoscritti della casa Capilupi di Mantova (Mantua, 1797. Traducida al español y publicada en 1789); Lettera al Signor Abate Giacomo Morelli sopra alcuni Codici delle Biblioteche Capitolari di Novara e Vercelli (Parma, 1802); Antonii Augustini Archiepiscopi Tarraconensis Epistolae Latinae et Italicae nunc primum editae (Parma, 1804); Illustrazione di una carta geografica del 1455 e delle notizie che in quel tempo aveansi delle Antille. Son trabajos inéditos atañantes a las mismas disciplinas los que siguen: Dissertazione sopra due iscrizioni trovate nel tempio d' Iside a Pompei, una delle quali era sulla porta del tempio; Dissertazione sul Culto della Dea Iside; Dissertazione storica sullo scoprimento di Ercolano e di Pompei (inacabada); Memoria sopra una iscrizione latina publicada nella dissertazione isagógica

También se extendió la actividad investigatoria de Juan Andrés al campo de las ciencias naturales (1) y finalmente al de la filosofía y teología (2)

Una explicación general de la obra, tanto monumental, cuanto monográfica de Juan Andrés, se alcanza no difícilmente, teniendo en cuenta los caracteres culturales del siglo XVIII en que una y otra vieron la luz. Siglo es éste que se caracteriza por un sentido de difusión cultural, así como también por el ensalzamiento de la capacidad intelectual del hombre, por el encumbramiento de la Diosa Razón, ofreciéndose como exponentes de uno y otro aspecto la poligrafía y divulgación que invaden a Europa entera.

En virtud de la poligrafía es intento individual, no ya solo colectivo, el de facilitar la extensión del conocimiento por to-

alla spiegazione de' Papiri ercolanesi; Illustrazione di un iscrizione esistente sopra un Erma di Cajo Norbano; Notizie storiche appartenenti a' Melisseni, ricavate da un Codice della Real Biblioteca di Napoli; Notizie del Monastero di S. Niccolò di Casole nelle vicinanze di Otranto; Ricerche intorno all'uso della lingua greca nel regno di Napoli; Memoria sul vantaggio che può trarsi da' titoli de Codici; Utilità dello studio de' Codici; Ristretto della vita del Duca di Parma.

(1) Versan sobre las mismas los siguientes escritos: *Dissertatio de problemate hydraulico ab Academia Mantuana proposita* (Mantua, 1775. Se trata de un trabajo de concurso a un premio; lo ganó el célebre matemático P. Fontana, mereciendo el segundo lugar nuestro autor) *Lettera sopra una dimostrazione del Galilei al nobile uomo Signor Marchese Filippo Maria Casali Bentivogli Paleotti* (Ferrara, 1779). Como escritos inéditos sobre las mismas ciencias citaremos: *Dissertazione sulla insalubrità dell' aria di Baja e sue cagioni*; *Trattato della figura della terra*.

(2) Tratan sobre filosofía las obras: *Prospectus Philosophiae Vniuersae publicae disputationi propositae in templo Ferrariensi* (Ferrara, 1773); *Saggio sulla filosofia del Galilei* (Mantua, 1776); *Dissertazione sopra le cagioni della scarsezza de' progressi nelle scienze in questi tempi* (Ferrara, 1779); *Traducida al español y publicada en 1788*). Es finalmente de asunto teológico la obra inédita e inacabada, *Ragionamento sull' autorità Pontificia*.

das las ciencias y las artes, originándose así publicaciones enciclopédicas e historias que abarcan varias ramas, cuando no todas, del saber. En virtud de la vulgarización se publican compendios enciclopédicos y se intenta extender a todas las clases de la sociedad un minimum de conocimientos generales, desterrando al paso en ellas creencias o supersticiones inveteradas y absurdas, ésto por medio de escritos más o menos periódicos y de corta extensión, como cartas, hojas volantes, folletos, etc. Nada extraño que en una atmósfera tal se formase un Juan Andrés, con una cultura enciclopédica bastante profunda, así como también cuajase en su mente el proyecto de escribir una obra como la monumental mencionada, sobre el origen, progresos y estado de las diversas ramas del saber humano.

Más para explicar la maravillosa síntesis de Juan Andrés, quizá haya que recurrir también a la tendencia sintetizadora y didáctica del ingenio español, de la cual encontramos tan significativas muestras en obras y nombres como los de Quintiliano, Tajón, S. Isidoro, Melchor Cano, Suárez, Hervás y Panduro, etc., a todos los cuales hay que unir el nacimiento de una disciplina nueva o su sistematización. Juan Andrés con su citada obra echa los fundamentos de una disciplina intermedia entre lo que hoy pudiera entenderse por una Historia y una Filosofía de la Cultura; con él y por su obra adquiere valor substantivo, de disciplina aparte, el estudio de la cultura; es el primero o de los primeros culturalistas.

Nació
en Planes
el 15
de Febrero
de 1740



Murió
en Roma
el 12
de Enero
de 1817

(Retrato que aparece el frente de la edición de su obra magna «Dell' Origine, progressi e stato attuale di ogni letteratura». Napoli, 1836)

• • •

Lo que precede, al par que de una primera penetración en nuestro tema, nos ha servido para presentar el nombre de Juan Andrés como uno de los pocos, junto con el de Hervás y Panduro, que de la historia española interna del siglo XVIII tiene derecho a los fastos de la Historia Universal, por haber dejado huella imborrable en la cultura humana.

Antes de intentar ulteriores penetraciones en nuestro asunto y a fin de ponernos a tono con lo ritual en toda conmemoración centenaria, vamos a esbozar la biografía de Juan Andrés. (1)

• • •

Para gloria de Planes, pueblo de la actual provincia de Alicante, nace en aquél Juan Andrés el día 15 de febrero de 1740. Pasa a educarse en el Colegio que en Valencia tenían los Jesuítas y toma el hábito de novicio en la Compañía de Jesús a los quince años de edad. Cuando enseñaba Retórica en el Colegio o Academia de Gandía, sobreviene el decreto de expulsión fulminado por Carlos III (1767), viéndose obligado a refugiarse con otros hermanos de religión en la isla de Córcega, donde alterna los ejercicios académicos con la redacción de un diario sobre los trabajos sufridos por los Jesuítas en su deportación. Pasa luego a Ferrara, donde enseña Filosofía a los estudiantes de la orden, en la cual hace los cuatro votos el día 15 de agosto de 1773, fiesta de la Asunción de la Virgen María, a pesar de que no ignoraba que al día siguiente saldría la bula del Papa Ganganelli, por la cual se suprimía la orden de Ignacio de Loyola.

La nombradía que adquiere el P. Juan Andrés, desde la supresión, abate, con la publicación del *Prospectus Philosophiae* antes citado, le gana un refugio en la noble familia Bianchi de Mantua, ciudad en la que se entrega por completo al estudio nuestro abate, convirtiéndose en asiduo lector de las bibliotecas mantuanas e investigador de sus archivos. Publica

(1) Los datos están tomados del *Elogio Storico* que figura al frente de la obra monumental de Juan Andrés, debido dicho elogio al italiano Scotti: I, págs. V-XXIX.

en la misma ciudad no pocos de sus trabajos y comienza su monumental *Dell' origine, progressi, etc.*, objeto principalísimo de este nuestro estudio. Tales trabajos le abren las puertas de las academias de ciencias y letras de Mantua, creciendo de día en día la estimación de los doctos hacia el jesuíta expulso.

Las luchas que la Revolución Francesa provoca en el norte de Italia, motivan la retirada del abate Andrés a las cercanías de Parma, fijando en Colorno su estancia. Durante ella se dedica a instruir a jóvenes de familias nobles, refugiados como él, continuando de paso la publicación de su magna obra ya citada.

Las estancias en Mantua y Colorno no fueron tan continuas que no dejasen al abate Andrés tiempo para viajar tanto por los diversos estados italianos, cuando por fuera de Italia; y no ya viajar por viajar, sino para ampliar el ámbito de sus conocimientos, visitando no solo bibliotecas, archivos y museos, sino también los hombres célebres de dichos países. Fruto de estos viajes fueron las Cartas familiares a su hermano Carlos, publicadas por éste en cinco tomitos, así como también dos obras sobre las vicisitudes en el arte de enseñar hablar a los mudos y sobre la cultura de Viena. Las Cartas familiares son el resultado de sus viajes por Italia, mientras que estas dos últimas obras se incubaron con motivo de su visita a Viena.

Tras el Congreso de Viena (1814-1815), entra de nuevo en posesión la Casa de Austria, con Francisco I, del Milanesado, y el abate Juan Andrés se ve elegido por el propio emperador para dirigir la célebre Universidad Pavía. Por cambios políticos se ve obligado a dejar tal cargo a los pocos meses, yendo a Parma, donde el Duque lo recibe con los brazos abiertos, nombrándolo Bibliotecario suyo, así como Superintendente de todos los establecimientos literarios de sus dominios; de estos dos cargos, solamente acepta el primero, que

le proporciona motivo y medios para continuar sus publicaciones.

Empero tras el abate, estaba el jesuíta, anheloso de recomenzar su vida dentro del instituto del gran español Ignacio de Loyola. Por eso, así que en el reino de Nápoles decide el soberano la reorganización de la extinta Compañía, abandona Juan Andrés las tres pensiones que le habían concedido los reyes de España Carlos III y Carlos IV, y la Princesa de Módena, Beatriz de Este, esposa del archiduque Fernando Carlos, y cambia gozoso las comodidades de la Corte de Parma, por los trabajos que la reorganización del restaurado instituto le había de acarrear.

Dirígese el P. Juan Andrés a la ciudad del Vesubio, a la opulenta Nápoles, y allí se entrega totalmente a sus hermanos de religión. Pero su fama como hombre de letras entre los primeros de Europa, le obliga a ocupar cargos civiles en consonancia con sus estudios, siendo nombrado censor real de libros y miembro de la Junta de la Biblioteca Real. Después, restablecida la antigua Academia Herculanesa con el nombre de Academia de Historia y de Bellas Letras, es nombrado socio de número de la misma y luego, su secretario. Amén de estos cargos, desempeñó el P. Juan Andrés como el principal de todos, el de Prefecto de la Biblioteca Real, ejerciendo éste, no a la manera de un burócrata de firma y sillón, sino visitando continuamente a los lectores en los bancos y dándoles consejos sobre sus lecturas y estudios.

Un varón de costumbres tan sencillas que en Nápoles se dedicaba a la explicación del catecismo a los niños, había sido visitado cuando estaba en Mantua por el propio emperador José II; en Florencia había recibido las más honoríficas distinciones de parte del Gran Duque Leopoldo y de la Gran Duquesa María Luisa, la cual después, siendo ya emperatriz, lo hizo llamar a su paso por Mantua, teniendo con él larga conversación a presencia de toda la Corte.

Numerosas fueron también las distinciones que recibió el Padre Juan Andrés de las jerarquías eclesiásticas, no solo de Obispos y Cardenales, sino también de tres Papas, entre los cuales Pío VII, al saber que el Padre Juan Andrés estaba consultando algunos manuscritos de la Vaticana, le concedió la especialísima gracia de que se los llevase a su propio domicilio, para facilitar el estudio de los mismos.

Un lector tan incansable como el Padre Juan Andrés se vió afligido los últimos años de su vida por la enfermedad de las cataratas, y al intentar su curación, se quedó totalmente ciego, daño más grave en él, que la pérdida de la propia vida.

Con la resignación de quien está pronto a responder del empleo que había dado a los tesoros que la Providencia le confiara, soportó Juan Andrés la enfermedad, esperando la última hora, que acaeció el día 12 de enero de 1817, a los 76 años cumplidos de edad y muy cerca ya de los 77.



En plan de analizar ya con algún mayor detenimiento o de propósito la obra monumental o básica de Juan Andrés, no podemos pasar por alto la palabra «*letteratura*» que aparece cerrando el título de dicha obra; tal vocablo no equivale al español «*literatura*», sino que tiene el más amplio de «*conocimiento o saber*». Es posible que el P. Andrés tomase tal palabra en tan amplísima acepción imitando al célebre Tiraboschi en el título de su obra *Storia della letteratura italiana*, y quizá por ello haya creído alguien que la obra del español es una historia de la cultura, de la misma clase que el monumental trabajo del italiano, parecer que no puede admitirse en modo alguno; hay en primer lugar entre tales obras una diferencia capital en punto a extensión, por cuanto la de Tiraboschi sólo abarca la historia del saber en la península itálica, mientras que la del Abate Andrés comprende el saber universal; en segundo lugar existe diferencia de orientación o propósito y

de ejecución, ya que la obra de Tiraboschi es un arsenal de datos y noticias, tocando de propósito las biografías de los hombres de ciencias y letras, siendo así que Juan Andrés se refiere sólo y casi de un modo impersonal a la labor científica o literaria, sin aducir dato alguno biográfico sobre los autores; finalmente, el uno titula su obra expresamente con el nombre de «*Storia*», mientras que el otro prescinde en absoluto de tal rúbrica o titulación.

¿Cuál es por tanto el carácter de la obra de Juan Andrés, según sus mismas palabras? Expresamente dice en las primeras líneas del prólogo, que se propone escribir *una historia crítica de las vicisitudes que el saber humano ha experimentado en todos los tiempos y en todos los pueblos*. La palabra *historia crítica* ha de entenderse de un modo especial, esto es, como equivalente a *un cuadro filosófico de los progresos que desde sus orígenes hasta el presente ha realizado el saber humano de un modo general en todas sus ramas y particularmente en cada una de ellas*: el P. Juan Andrés no intenta hacer una obra histórica, sino escribir una *obra filosófica, cuyo objeto sea el saber universal en sus progresos y estado presente, exponiendo algunos medios relativos a ulteriores avances*. Por consiguiente el dato, lo histórico es en la obra del P. Andrés mero soporte para llegar a la ley de la evolución o progreso en el pasado y en lo porvenir. Trátase por tanto de una obra de filosofía, no de una simple historia: si queremos darle el nombre de historia, habría que añadir, como lo hace el propio autor, *historia general y filosófica de todo el saber humano* (1).

Se da muy bien cuenta Juan Andrés de lo atrevido y hasta temerario de su empresa, que reconoce por superior a sus fuerzas y sólo justificable en cuanto al éxito por el adagio latino antes citado «*en las cosas grandes ya es bastante el in-*

(1) I, págs. XXXIII-XXXVI.

tentarlas», sin que su justificación exija el logro, tanto más cuanto obra de envergadura tal no había sido jamás emprendida; quedaba por tanto a lo menos la novedad del proyecto (1).

Juzgando imprescindible Juan Andrés la clasificación de las diversas ramas del saber como preliminar para el estudio filosófico de sus orígenes y progresos, después de haber rechazado la de Bacon como poco apropiada a dicho estudio, se contenta con trazar una división no muy exacta, pero sí *ad hoc*, y así distingue el saber humano en *bellas letras y ciencias*, subdividiendo éstas en *naturales y eclesiásticas* (2).

Sí es muy criticable el nombre de *naturales*, aplicado a ciencias como la filosofía y jurisprudencia, resulta en cambio un acierto inaudito por lo inesperado, el constituir con las ciencias eclesiásticas todo un miembro de la clasificación propuesta. Decimos inesperado acierto, porque en un siglo de irreligiosidad, de pensamiento mecánico o matemático, de falsa ilustración o racionalismo, todo podía esperarse menos el ensalzamiento de las ciencias religiosas o sagradas, hasta darles la substantivación de formar con ellas un todo o conjunto frente a las restantes ramas del saber humano.

El mismo Juan Andrés se da cuenta de lo extraña y aún opuesta que había de parecer su afirmación respecto de las ciencias eclesiásticas a los racionalistas o iluministas de su tiempo. Previendo todo ello, trata de justificarse así nuestro culturalista: «La poca importancia que ahora se da a los estudios eclesiásticos, podrá llevar al ánimo de no pocos lo demasiado árida y pobre que habrá de resultar la parte de esta obra a ellos especialmente dedicada. Empero yo estimo que el estudiar desde un punto de vista histórico y filosófico las alternativas de las disciplinas eclesiásticas sea desde luego

(1) I, pág. XXXIII.

(2) I, pág. XXXV.

»un asunto completamente nuevo, y que su novedad e importancia me permitan mayor libertad para tratarlo más ampliamente» (1).

Hace resaltar después Juan Andrés la novedad del asunto con las siguientes palabras: «Ai decaer la cultura antigua, la religión cristiana hizo surgir una rama nueva del saber, totalmente desconocida para griegos y latinos, ante los cuales obtuvo después la mayor celebridad. Las religiones del paganismo no habían llegado a constituir ciencia o saber alguno que ocupase el estudio o especulación de los hombres doctos... Los asuntos de la religión antigua eran tocados únicamente por los poetas...; empero una ciencia de la religión, un estudio de sus dogmas y misterios eran cosas totalmente desconocidas por los antiguos» (2). Creemos estar oyendo en todo lo anterior no ya a un hombre de la Ilustración, sino a un culturalista de nuestros días.

Con la guía de la clasificación expuesta divide Juan Andrés su obra en tres partes, correspondientes a cada uno de los miembros de aquélla, yendo precedidas todas por una preliminar, en la que se traza un cuadro general del origen, progreso y estado presente de todos los conocimientos del hombre, mientras que en cada una de las otras partes se estudia eso mismo aplicándolo a cada una de las ramas del saber humano, con arreglo a la clasificación hecha.

Así la cosa, parece que se habían de repetir las mismas ideas, expuestas de un modo general en la primera parte, y al detalle en las otras tres, y que por lo tanto el plan de la obra flaquea desde este punto de vista; más en realidad no sucede esto. Y es que la parte preliminar, para nosotros la más interesante de todas, es la que ataca los problemas de la cultura en cuanto cultura, mientras que en las restantes tomando la

(1) I, pág. XXXVIII.

(2) I, pág. 63.

obra un tinte de metodología o de lógica, se atiende principalmente a exponer in extenso el desarrollo de cada disciplina, como precedente orientado a justificar los medios que el autor propone para los avances en lo porvenir de la misma.

Por ello, si la primera parte es de una absoluta novedad en cuanto a plan, método y orientación culturalista, en las tres restantes pudieran verse antecedentes claros, tanto en la época del mismo Juan Andrés, cuanto en siglos precedentes. Desde luego la obra de Juan Luis Vives, *De disciplinis*, lo mismo en su primera, que en su segunda parte, es precedente indudable de Juan Andrés, si bien éste, más que a criticar y demoler, como lo hace Vives, se dedica a ensalzar y construir donde ha lugar; Vives es un renacentista amargado, con no poco de la bilis de su maestro Erasmo, mientras que en Juan Andrés es fácil ver al optimista leibniziano.

Como antecedentes de la obra de Juan Andrés dentro de su siglo, pudieran citarse los no infrecuentes *Traités des études, el de Rollin, v. g.*, que vemos aparecer en la ciencia francesa, todos con más o menos adarmes de método cartesiano. Descartes, al escribir su *Discours de la méthode*, sin duda alguna pergeñó el código del ingenio francés, completamente orden, espíritu, método.

Para esbozar el cuadro filosófico del saber humano, intento de la primera parte de la obra de Juan Andrés, hubo de arbitrar a su vez dicho autor una división histórica del mismo, y desde luego la trazada es la que se ha impuesto desde entonces, sin que a pesar de tantos estudios de historia, filosofía y cultura, se haya sabido encontrar otra nueva; representa por tanto un verdadero éxito para quien la imaginó resultando al par el mejor elogio de su genio. Vamos a exponerla brevemente.

Tras brevísima alusión a lo egipcio, babilónico, indio y chino, establece Juan Andrés a la cabeza de su obra y como originando la unidad del saber humano, la cultura griega o

helénica; a continuación se estudia como una hijuela, que no suplanta a la madre, sino que convive con ella, la cultura del pueblo rey, del pueblo romano. Insiste Juan Andrés no poco en este aspecto de convivencia, desterrando la idea de sucesión, que aun hoy día vemos en algunos autores; y en verdad, no se puede hablar de dos épocas, una perteneciente a la cultura griega y otra a la romana, siendo gravísimo error la afirmación de que con la muerte de Alejandro desaparezca el saber griego como dominante y esplendoroso: conviviendo con la cultura romana nos encontramos hombres de primera línea en el saber heleno, como son Euclides, Arquímedes, Eratóstenes, Zenón, Epicuro, Carnéades, Menandro, Teócrito, Calímaco, los siete que integraron la llamada *Pléyade griega*, Polibio, Diodoro de Sicilia, Dionisio de Halicarnaso, Herodiano, Dion Casio, Plutarco, Luciano, Ateneo y Longino (1).

Tras el gran ciclo cultural greco-latino, aparece la cultura eclesiástica, con independencia o substantividad y llenando la baja edad antigua; no nos cansaremos en repetir el grandísimo acierto de Juan Andrés por esta reivindicación de la cultura cristiana, dándole carácter substantivo, aún desde el punto de vista del puro saber.

Exagerada en su conjunto y falsa en no pocos aspectos es la pintura, que, como tocado del iluminismo dieciochesco, nos hace Juan Andrés de los siglos medievales, sobre todo de la alta edad media; pero es al mismo tiempo una invención la de Juan Andrés, que vale por mil descubrimientos, al señalar el saber o cultura arábigos no ya solo como lazo de unión entre la cultura griega y el occidente, sino también de culturas orientales de menos importancia que la helénica, (2)

(1) I, pág. 51-52. La tesis del P. Juan Andrés es admisible con su *mica salis*, o sea, siempre que se admita un *sentido u orientación distinta* en ambas culturas griega y latina; más entonces se considera ya la cultura equivalente a puro saber tan sólo como uno de los aspectos de la cultura integral.

(2) I, pág. 127.

Además diseña el P. Juan Andrés la cultura árabe como de carácter substantivo, atribuyéndole no pocos descubrimientos, v. g., el del Algebra y del papel de hilo, que después extendieron en los pueblos occidentales por mediación de España.

Si bien, como buen arabizante, exagere algún tanto, Juan Andrés el influjo de la cultura árabe, no es menor cierto que aun seguimos atribuyendo a dicha cultura el papel de mediadora entre oriente y occidente, que no es otro que el asignado por nuestro autor.

A continuación como precedente o introducción a la cultura occidental prerrenacentista, aparece en la obra de Juan Andrés un capítulo, que es el mayor de todos sus aciertos; dicho capítulo lleva por título: *Dell' introduzione della lingua volgare nella coltura delle lettere*. [Sobre la introducción de la lengua vulgar en el cultivo de las letras] (1). Este capítulo, vale por toda la obra.

En los múltiples estudios que se han hecho sobre la cultura medieval, nunca se ha relevado en la medida que lo hace Juan Andrés, la relación que con sus orígenes y desarrollo tiene esta introducción de las lenguas vulgares, romances o románicas. Se han estudiado arqueológica, lingüística y filológicamente tales lenguas, pero no se ha hablado del drama intenso que supone su invención u origen dentro del campo de la cultura.

La muerte de S. Agustín, ocurrida en medio de la irrupción de los bárbaros, cierra una edad, señala el termino de una cultura, de la cultura cuyo instrumento era el latín. Los centros culturales de Occidente van cerrándose poco a poco: desaparecen los libros, desaparecen con ellos los hombres doctos y Europa se convierte poco a poco en una región de gente anal-

(1) I, págs. 194-237.

fabetas, que desconoce por completo las letras y la escritura. Y era entonces, cuando la irrupción de los bárbaros hacía más necesaria la existencia de un lenguaje definido que imponer a los incultos conquistadores, cuando precisamente esta lengua desaparece en escritos y en el habla. ¿Qué lenguaje hablaban los pueblos europeos en los siglos del VI al IX y, sobre todo, desde éste al XIII? Ninguno, absolutamente ninguno; se esforzaban por hablar una lengua, pero en realidad no hablaban ninguna. Es el período de gestación de las lenguas románicas, gestación que hacía casi imposible toda cultura puramente intelectual. Porque es evidente, que no hay que llegar a la exageración de que las ideas sean esqueletos de las palabras, y de que éstas representen mucho más que aquéllas en el orden intelectual; pero desde luego las ideas, los pensamientos humanos resultan punto menos que imposibles sin el parto intelectual a ellos anejo, que es la palabra. Y he ahí el drama de la cultura medieval, entendida ésta en su aspecto puramente intelectualístico: ¿cómo existir dicha cultura intelectual, cómo llegar a ella, cuando no había propiamente lengua, cuando ésta se hallaba en período de gestación?

El P. Juan Andrés, al señalar como principio de la cultura europea medieval el nacimiento de las lenguas románicas, señala el centro o nudo del drama intenso de la cultura intelectual en la Edad Media.

Débase al padre Juan Andrés la aclaración de otro tema, también interesante, sin que no pocos escritores de historias hayan aprovechado la menor cosa de las doctas elucubraciones del jesuita español. Hemos visto en la mayoría de los manuales unir con el principio del Renacimiento y como algo esencial al mismo, la caída de Constantinopla en el siglo XV, con la consiguiente venida de griegos a Occidente, cual mentores de la lengua de Homero y portadores de la cultura helénica; y esto no deja de ser la mayor de las inexactitudes. Ya se entienda por Renacimiento el resurgir de la lite-

ratura greco latina, o ya, limitando el concepto, entendamos el Renacimiento por la mera restauración de los estudios helénicos, de ninguna manera cabe atribuir a los griegos fugitivos la originación de dichos movimientos culturales.

Con razón retrotrae el Renacimiento Juan Andrés a últimos del siglo XIII y principios del XIV, señalando como padre de la *cultura moderna* y por tanto del movimiento renacentista, al cantor de Laura, a Petrarca. Evidentemente, la cuna del Renacimiento es Florencia, y sus tres grandes originadores son Dante, Bocaccio y Petrarca (1).

A partir de esto, Juan Andrés estudia la cultura no ya por ciclos, sino por siglos, no encontrando razón para ulteriores divisiones. Y esto mismo es lo que poco más o menos hacen los manuales del día. Cabe a Juan Andrés por tanto la gloria de haber trazado líneas magistrales en el mapa de la cultura universal, líneas que aún se consideran como válidas en el estudio de la cultura intelectual de Europa.

Y hétenos tocando el final del primer tomo de la obra magna de Juan Andrés; pero en ese final nos espera una sorpresa, y es que el objeto del mismo es la *cuestión apocalíptica o catastrófal de la cultura* (2). Vamos a exponer brevísimamente el conocidísimo y actualísimo problema.

Hace algunos años fué éxito editorial en Alemania un libro titulado *Der Untergang des Abendlandes*, debido a la pluma de Ostwald Spengler. Muy pronto resonó en países extranjeros y lo vimos traducido al español bajo el título *La Decadencia de Occidente*. Desde su publicación en lengua original y en traducciones, no ha habido quizá libro en Europa que más se haya plagiado por oradores de mitin y de Ate-neo, y por escritores de periódicos y revistas.

Filosóficamente hablando, la obra es un ensayo de morfo-

(1) I, págs. 237, 243 y 246-47.

(2) I, cap. XVI, págs. 348-372.

logía de la cultura, y por lo tanto no supera quizá la filosofía naturalística, todo menos genuino filosofar, del pasado siglo XIX. Pero no es esto lo importante: lo grande es el tono jermiaco o heraclitista con que está escrito, como si hubiera salido de la pluma de un nuevo *Philosophus plorans*. En él se predice la catástrofe total de nuestra *cultura europea*, al irse cristalizando o mecanizando poco a poco, por transformarse en *civilización*.

Esta cuestión del porvenir de la cultura o saber humano, es la que toca Juan Andrés en el último capítulo de su obra, y ello no ocasionalmente, sino de propósito. Ya entonces había quienes se dedicaban a profetizar jermiescamente sobre la suerte de la cultura, y ello reduciendo o exponiendo sus profecias por medios geométricos.

El P. Juan Andrés se enfrenta primero con la opinión de su hermano en religión, el sabio jesuita Boscowich, el cual, empleando la geometría para expresar las vicisitudes de la cultura, parangonaba éstas a una curva que se eleva hasta un cierto punto, y al querer alzarse más y más, desciende en cambio más bajo de su punto de origen, hasta que pasando algún tiempo torna a elevarse de nuevo, volviendo luego a bajar, y así sucesivamente. Metiéndose a profeta, decía el P. Boscowich que habiendo llegado el saber humano a su mayor excelencia en el siglo XVIII, era inminente el descenso y la ruina del mismo, por no poder elevarse más (1).

El italiano Tiraboschi aceptaba la curva y la predicción de Boscowich para las letras o artes liberales, pero la negaba para las ciencias, alegando que las observaciones, inventos y verdades científicas no pueden perderse una vez hechas, porque es imposible que el hombre se desvíe de la verdad, una vez alcanzada (2).

(1) I, pág. 348.

(2) I, pág. 348.

Con razón combate el P. Juan Andrés la distinción propuesta, al parecer tan obvia, porque la cultura no consiste solo en el conservar una verdad, sino en ponerse en trance de descubrir, basándose en ella, otras ulteriores, y cuando el hombre no se coloca en esta disposición, puede suceder al fin que no solo no conserve lo hallado, sino que incluso lo pierda. Además, si se admiten desviaciones en *punto al gusto literario*, ¿por qué no también en las ciencias? (1)

El pensamiento del P. Juan Andrés en este punto tiene raíces aún más hondas: para él letras y ciencias están indivisiblemente unidas, y no es posible admitir magnos progresos en unas, quedándose las otras estancadas, y es que en la base de todo progreso del saber humano están dos cosas: el lenguaje y la imaginación.

Rechaza asimismo el P. Juan Andrés la curva de Boscowich con sus ascensos y descensos, preguntando cual será ese punto de perfección máxima que inicia el descenso; además ¿por qué no ha de haber estacionamientos, y todo ha de convertirse en ascensos o descensos? Finalmente son dificultades o problemas a las que no se puede contestar las relativas a la comparación entre dos ascensos o dos descensos, por carecer de módulos que midan los mismos (2).

Tampoco admite Juan Andrés la curva que, según el italiano Algarotti, debía representar el proceso del saber humano a través de los tiempos; era una curva que ascendiendo rápidamente hasta acercarse a la asíntota, después había de pasar muchísimo tiempo para acercarse un poco más, sin tocar jamás dicha asíntota. De hecho, replica el P. Juan Andrés, la cultura ha experimentado procesos lentos y rápidos, pero no de una vez para siempre, sino en diversas ocasiones (3).

(1) I, págs. 349-352.

(2) I, pág. 352-355.

(3) I, pág. 355.

Para Juan Andrés lo único que podía representar de algún modo el proceso del saber humano, era la asíntota: en realidad jamás ha llegado aquél a un punto que no pueda ser superado, ni descendido hasta extinguirse por completo. (1)

No otra cosa podía esperarse de un optimista como el P. Juan Andrés, que siempre mira el saber humano desde un punto de vista progresivo o constructivo, no decadente o negativo: de avance y no de catástrofe. Sin aceptarla por completo, habla una vez de la ley de continuidad de la naturaleza, *natura non facit saltus*, que atribuye a Leibniz, y que al parecer regula por lo menos el progreso de las ciencias, ya que no también el de las letras (2).

El pesimismo es ajeno totalmente a su obra, aun escribiendo en vísperas de la revolución francesa; tan solo hay unas frases de cierta melancolía, que presagian el inminente cataclismo. Así, hablando del gusto indeciso del siglo XVIII, de cierta decadencia que se observaba en la literatura, «paréceme, decía, que el saber actual se encuentra en un estado »de abundancia y lujo tal, que no se cuida de aumentar sus »riquezas, pensándose tan solo en cambio en la manera de »gastarlas y de hacer más cómodo la vida de los literatos y »hombres de ciencia; esto es lo que únicamente puede hacer »temer una inminente ruina del saber, pues como decía Bacon «*inter causas inopiae est opinio copiae*; la opinión de »riquezas es una de las causas de la miseria.» (3)

Resuelta la cuestión catastrófica del modo indicado, o sea, en sentido optimista, se ocupa el P. Juan Andrés a continuación con el estudio de los medios para procurar un ulterior progreso en el saber o cultura.

Como primer medio no le parece mal, aunque dudoso res-

(1) I, págs. 353-354.

(2) I, págs. 334-335.

(3) I, pág. 346.

pecto a la posibilidad de su realización, el proyecto del Canciller Bacon, de formar una academia o colegio de hombres doctos y versados en cada una de las disciplinas, los cuales estuviesen exclusivamente encargados de hacer una especie de estadística o censo del humano saber, señalando las partes defectuosas en éste y los trabajos que estimasen útiles o necesarios al verdadero engrandecimiento de la cultura. (1)

Por su parte Juan Andrés refiriéndose primeramente a los conocimientos científicos o ciencias, propone los siguientes. En primer lugar y antes de pensar en ampliar los conocimientos humanos, ha de arbitrarse el medio para conservar en acto los ya adquiridos y no exponerse a malgastar los esfuerzos en inventar cosas ya descubiertas o averiguadas. No ha de olvidarse a este propósito, que no pocas verdades halladas por Pitágoras y Arquímedes, se perdieron no tardando; y esto no solo ha sucedido con inventos de la antigüedad, sino aun de la edad moderna, como v. g., con la invención del arte de enseñar a hablar a los mudos, el cual, descubierto por el español Pedro Ponce, y renovado después por otros dos españoles, Manuel Ramírez y Pablo Bonet, hubo de ser redescubierto en Inglaterra por Wallis y en Holanda por Amman, a causa de haberse perdido. A fin de evitar tales pérdidas, recomienda Juan Andrés el cultivo de la historia de las ciencias y de las artes como de importancia capital. (2)

En orden a captar las verdades ya ganadas o descubiertas, es de supremo interés la consulta de los *libros magistrales* en cada disciplina. Entiende Juan Andrés por tales libros los que llevan como de la mano al lector de los primeros elementos de la ciencia hasta sus más sublimes y recónditos secretos; libros que demuestren todas sus tesis claramente; libros que por sí solos basten para una plena y completa instrucción de

(1) I, pág. 354

(2) I, págs. 357-361.

cuanto haya de saberse en la materia que sea su objeto; libros en fin que hagan inútiles e innecesarios el empleo de otros similares por su asunto. Y estos libros, si no existen, son los primeros que ha de procurarse escribir, para que se conviertan en nuevas serpientes de Moisés, que acaben con las debidas a la magia de los sacerdotes faraónicos, según el simil de Bacon. (1).

Como medida previa al descubrimiento de verdades nuevas, se ha de insistir en aclarar o demostrar plenamente las ya adquiridas de algún modo; las verdades científicas se relacionan entre sí, y la demostración plena de una de ellas redundan en la evidencia de todas las demás; en cambio la inseguridad en algunas de ellas, repercute en todo el sistema científico. (2)

Sería de no pequeña importancia para el descubrimiento, o mejor, redescubrimiento de verdades o inventos, la formación de una anticuaría científica, o sea, orientada a promover los progresos de las ciencias naturales, Séneca y Plinio, estudiados en este aspecto, han dado y podrían dar aún no pocos frutos. Lo mismo habría de aplicarse a la lectura de libros de la baja Edad Media, y aun a obras de los genios de nuestros tiempos, como Newton y Leibniz. (3)

Finalmente hay una *cultura vivida* de interés capital tanto en sí, cuanto orientada al descubrimiento de verdades y de inventos. «En el uso íntimo y en el comercio de los hombres, »dice textualmente Juan Andrés, se encuentran muchos conocimientos prácticos, originados con frecuencia por la casualidad y conservados por tradición, conocimientos que en vano se buscarían en los libros. Así sucede con recetas de la »llamada medicina casera; con fórmulas empleadas en la

(1) I, págs. 361-362.

(2) I, págs. 362-363.

(1) I, págs. 363-366.

»agricultura, en la carpintería, en la herrería y en algunos »otros artesanados.» (1) Todavía no sabemos qué fórmulas empleaban los albañiles o estuquistas árabes para desarrollar ornamentalmente sus complicadas lacerías, así como los carpinteros para llenar con las suyas superficies curvas; en la práctica resolvían estos problemas pronta y bellamente; así, v. g., el problema de cubrir con artesonado de lacerías la superficie cóncava de una cúpula. Precisa por tanto estudiar científicamente todas estas artes y prácticas, con la seguridad de que la ciencia encontrará en ellas amplio pábulo a su sed de progresos y descubrimientos.

Si de las ciencias pasamos a las bellas letras o literatura, para el ulterior progreso de éstas, Juan Andrés recomienda el contacto con lenguas y literaturas exóticas, terminando así su primer tomo, el más fundamental de la obra,

Brevemente hemos de discurrir por todos los demás anotando lo más importante en orden a descubrir al culturalista español. Dedicó Juan Andrés todo un tomo, el segundo, al estudio de la poesía, bajo la cual incluye también la novela, justificando la amplitud del estudio por la importancia cultural del objeto: la poesía representa dentro de la cultura el fenómeno humano de más amplia capacidad de extensión; es fenómeno de cultura primitiva y adelantada que une a doctos con indoctos, a sabios con ignorantes; es en una palabra Venus o Afrodita del saber humano, por todos amada (2). Insiste después (3) sobre la unión indisoluble que existe entre ciencia y letras: ni en la cultura greco-romana, ni posteriormente, se ha planteado jamás cisma alguno entre unas y otras, entre lo científico y lo literario. Quizá frente a lo que hay que precaverse, es contra la invasión de unas por otras, como su-

(1) I, 366-368.

(2) II, pág. 10

(3) II, pág. 13.

cedía en el mismo siglo de Juan Andrés, en el cual ya echa de ver, y nosotros lo hemos notado después mejor, cierta tendencia a científicar en la poesía, trasladando a ésta términos de la física, de la química, de la matemática y aún de otras ciencias (1).

La extensión con que trata Juan Andrés la elocuencia, dedicándole todo un tomo, la primera parte del tercero, aparece desde luego desmesurada, si se tiene en cuenta que en la mayor parte de los libros de asunto general referentes a literatura, apenas si se le concede valor substantivo; extraña a primera vista que Juan Andrés se lo conceda en tal grado. Mas en un estudio filosófico de la cultura, el interés de la elocuencia es enorme, desde el momento en que se piensa en la influencia que por ella se ejerce para formar el hombre culto, no ya solo en el aspecto del saber, sino principalísimamente en los aspectos religioso y político. La elocuencia por tanto potencia su importancia en relación con la cultura, siendo una de sus principales manifestaciones de carácter etiológico.

La segunda parte del mismo tomo está dedicada a la historia y ciencias afines, apareciendo al fin del mismo estudiada la gramática. Nos detendremos únicamente a relevar algunas ideas de Juan Andrés sobre la historia.

Nota Juan Andrés lo difícilísimo que resulta ser un gran historiador y la existencia de tan pocos libros de historia, que merezcan leerse. Explica lo primero, afirmando que el historiador, para ser grande, ha de poseer, a más de genio quizá superior al del poeta, laboriosidad incansable; necesita además fino gusto y sabiduría para escoger o seleccionar los hechos y filosofía para juzgar hombres y estados (2).

En cuanto a lo segundo, o sea, a la existencia de pocas historias que valga la pena leer, ello se debe a que la mayoría

(1) II, pág. 13

(2) III, 2.^a parte, pág. 88.

de los libros de historia no pasan de meras narraciones, y la historia ha de ser cosa muy distinta. La historia ha de instruir ni más, ni menos que a la manera del drama, esto es, por la acción, no por los discursos; lo interesante son los hechos y los héroes, no el historiador, que no debe aparecer en modo alguno en la obra. Se ha de buscar la ilusión en la historia no menos que en los poemas. Ha de evitarse a todo trance en ella el didactismo, el politiquear o moralizar: la buena política y la sana moral deben resultar por sí mismas de la acción histórica, sin que sean objetivo que aparezca expresamente intentado (1).

Resulta importante en las aportaciones culturales de Juan Andrés, la consigna que da para los ulteriores progresos que ha de hacer la historia. Esta no ha de limitarse, como en los mejores historiadores antiguos, a los hechos políticos y militares, sino que ha de tocar también los religiosos, morales y científicos, único medio para que aparezca el hombre todo en su plenitud, y no solamente una parte, y consiguientemente se refleje la vida entera de los pueblos o naciones (2).

Vemos por tanto que ya Juan Andrés, aún dentro de un siglo iluminista, exige en la historia el criterio de selección de los hechos, así como también el que éstos deben ser todos los propiamente humanos, es decir, también los científicos religiosos y morales y no tan solo una parte, o sea, los militares y políticos.

Dedica Juan Andrés a la matemática, incluyendo en ella la física matemática, el cuarto tomo de su obra. Sin que abunden en el mismo las consideraciones estrictamente de culturalista, notamos por lo menos alguna. Así afirma Juan Andrés rotundamente que el álgebra es la llave que sirve para abrir los escondrijos de las ciencias exactas y el instrumen-

(1) III, 2.º parte, pág. 90.

(2) III, 2.º parte, pag. 89.

to con que se pueden hacer en ellas los más rápidos y seguros progresos. Cuanto más se desee un rápido avance de éstas, tanto más habrá que esforzarse en limar y afinar este instrumento del álgebra. (1)

Al ocuparse de la geometría, desea vivamente su unión íntima con el cálculo, sin que éste haya de temer la invasión de las representaciones geométricas, ni aquella una intromisión del álgebra, que haga desaparecer las figuras, hasta arruinar la geometría, llenando la mente de cálculos que nada digan a la imaginación. (2)

En el tomo quinto se ocupa Juan Andrés de la física experimental o no matemática, de la química y de las ciencias naturales. Ve en la primera relativamente pocos adelantos, si se compara con la física matemática, y presagia grandes y fundamentales descubrimientos en lo futuro, sobre todo en lo relativo a la electricidad y magnetismo, una y otro por aquel entonces apenas en mantillas y llenos de obscuridades. Termina con la célebre consigna, optimista cual ninguna, de Séneca: «Resta aun y restará mucho que hacer; y a ningún nacido, ni aun dentro de mil siglos, le faltará oportunidad para añadir algo a lo ya descubierto.» (3)

Es objeto del sexto volumen la anatomía, medicina, filosofía racional y moral, y como apéndice de ésta, la jurisprudencia. Siguiendo la división de profesiones, de cirujano y médico, distingue así bien Juan Andrés la anatomía de la medicina propiamente tal. Después de haberse ocupado del origen, progresos y estado de cada una de dichas ciencias, considera nuestro culturalista como posible fuente de ulteriores

(1) IV, pág. 97.

(2) IV, pág. 140.

(3) V, págs. 165-166.

avances el estudio a fondo de las prácticas terapéuticas en uso dentro de los diversos pueblos o países del mundo (1).

Aunque al tratar de la filosofía sostiene Juan Andrés puntos de vista propio, como el atribuir el origen de la filosofía moderna a Galileo Galilei y la invención de la metafísica propiamente dicha a Descartes, se abstiene totalmente de indicar los medios para ulteriores progresos en el campo del saber filosófico (2).

Como final del tomo sexto aparece un epílogo en el cual se ve claramente que Juan Andrés, aunque tocado por las doctrinas del racionalismo o ilustración dieciochescos, no estaba dominado totalmente por ellas. Admite el poder de la razón humana, pero reconoce también sus distracciones, alucinamientos y desviaciones de verdades ya encontradas, cayendo miserablemente en errores. Propone al espíritu, como su más gloriosa y deleitable tarea, la de contemplar e investigar la naturaleza, en cuyo fecundo seno nunca faltarán verdades que revelarse e interesantes descubrimientos que hacer en provecho de la humanidad (3).

Dedicados los dos últimos tomos de la obra de Juan Andrés a las ciencias eclesiásticas, es objeto del primero o séptimo de la obra, la teología, que se ve estudiada por el autor al mismo tiempo o sincrónicamente en sus diversas ramas. Adelanta lo difícil de tratar a gusto de todos una materia en la que, por tratarse de verdades que llenan todo el ser del hombre religioso o del celoso teólogo, no se puede casi hablar de tolerancia, apareciendo en cambio por doquier el llamado espíritu de partido teológico; de ahí lo difícil presentarse equidistante tanto de la indiferencia o frialdad, cuanto del fanatismo o intolerancia. Otra dificultad y no pequeña se ha-

(1) VI, pág. 176.

(2) VII, págs. 263 y 265-266; I, págs. 516-517.

(3) VI, pág. 589.

bía de ofrecer al tratar de exponer a gusto de todos, sin visos de parcialidad, las doctrinas controvertidas entre las diversas órdenes religiosas (1).

Terminada la exposición histórica-filosófica de la Teología, propone el P. Juan Andrés, como medios para ulteriores progresos, la unión en el teólogo de una filosofía y severa lógica, con la lectura y meditación de los Santos Padres y, sobre todo, de la Sagrada Escritura (2).

Estudiados en el octavo tomo y último de la obra la crítica bíblica, el derecho canónico y la historia eclesiástica, termina Juan Andrés su monumental obra con unas palabras que, si aplicables a los calamitosos tiempos de la revolución francesa, no lo son menos a los nuestros.

«Pueda el espíritu humano, dice, abandonar las turbulencias y perniciosas maquinaciones con que al presente está embriagado, y volviéndose a más tranquilos y alegres pensamientos, aplique su incansable actividad al cultivo de la literatura y de las ciencias para elevar el saber humano en todas sus ramas a la altura deseada en las precedentes páginas; y entre los adorables encantos de la poesía, las maravillas de los sublimes inventos y las sutiles demostraciones de las matemáticas, quiera el Cielo suscitar en su Iglesia celosos y eruditos doctores que, aprovechándose de las luces que tantos genios cristianos del pretérito nos transmitieron, así como también de aquellas que las letras y las ciencias puedan suministrarles, eleven las ciencias eclesiásticas a tal decoro y esplendor, a tal consistencia y firmeza, que no puedan sufrir menoscabo alguno por los ataques de sus enemigos, y sirvan para llamar al mundo entero a la unidad de la fe, a la santidad de costumbres, a la pureza en el culto divino, a la verdad doctrinal y disciplinar, a la paz conveniente a la Iglesia y al respeto y obsequio de la religión» (3).

(1) VII, págs. V-X.

(2) VII, pág. 289.

(3) VIII, págs. 334-335.

Podrían señalarse no pocas apreciaciones falsas en la obra de nuestro culturalista, que no deja de ser hombre de su siglo, impregnado por consiguiente del racionalismo típico del Iluminismo (1) o Ilustración; tal, v. g., entre otras una superestimación de la cultura intelectualística que lo ciega totalmente al juzgar la Edad Media y con ella la Escolástica tanto medieval cuanto renacentista. Pareciéndonos empero más importante que acusar muchas señalar resplandores, vamos a trazar esquemáticamente las aportaciones de Juan Andrés a la ciencia o filosofía de la cultura.

El primer mérito del P. Andrés es haber aislado o substantivado este término «*cultura*», como lo prueba a simple vista el sin número de veces que lo emplea en su obra, ya sólo, ya aplicándolo a pueblos o naciones y hasta a siglos o épocas. La cultura para Juan Andrés no se confunde con esta o aquella rama del saber, sino con el saber sin restricción, con el saber general; ni es tampoco el saber como emanado de un autor o sujeto al mismo, ni aún el saber en su historia o progreso, sino el saber como fenómeno típicamente humano y unido indeleblemente en mayor o menor grado de perfección a la humanidad.

En cuanto a la comprensión que da Juan Andrés a su concepto o noción de cultura, de un hombre que vivió la *Ilustración* dieciochesca, había de esperarse un concepto de aquella puramente intelectual, rabiosamente racionalista, y sin embargo, aunque Juan Andrés no supere expresamente la idea de cultura como sinónimo de intelecto o de saber puro, no

(1) Para los que hablan en vez de *Ilustración*, de *Iluminismo*, notaremos cual precedente curioso que Juan Andrés sienta como epígrafe de uno de los apartados de su obra el siguiente: «*Siglo dieciocho llamado con razón iluminado.*» (I, pág. 323).

obstante su noción de cultura no se opone a la admisión en ella de lo artístico y de lo religioso; su concepto de cultura es equivalente al de saber, pero al de un saber humano, que admite por tanto elementos, como hoy diríamos, irracionales o sea, de sentimiento, religión y moralidad.

Para Juan Andrés, hombre culto no es sinónimo de hombre docto u hombre de ciencia; hay también evidentemente una cultura del pueblo, y ello no ya solo en aspectos religiosos o sentimentales, sino aún en aspectos racionales o intelectualísticos.

También tiene el acierto Juan Andrés, no obstante sus resabios intelectualísticos o matemáticos, de no someter la cultura a leyes rígidas de evolución; signo evidente de que en su génesis y formación admite como esencial el factor de la libertad humana, cuyo paso por la historia, al ser dramático, rechaza toda norma o encasillamiento, y por tanto cualquier predicción.

Como ya hemos expuesto varias veces, el P. Juan Andrés se muestra plenamente optimista en cuanto al porvenir de la cultura: casi optimista leibniziano. Sin negar que puedan existir retrocesos o estancamientos, y aún que de hecho hayan existido, la cultura humana tiene un movimiento asintótico, siempre adelante, sin llegar nunca a un límite que no pueda superarse.

Es de análisis, plenamente analítico por sus tendencias el siglo de Juan Andrés, y sin embargo el concepto que sostiene dicho autor de la cultura, resulta perfectamente sintético. Nada de división entre ciencias y bellas letras: unas y otras forman un todo indiviso, y no es admisible que progresen verdaderamente las unas, quedándose estancadas o retrocediendo las otras. La imaginación, la poesía son esenciales a todo fenómeno cultural, y sin ellas no puede darse un paso en el camino de la cultura. La diosa Afrodita, símbolo aquí de la poesía, preside el nacimiento de la cultura, y ya no la abandona siguién-

dola hasta las cumbres más elevadas. Lejos por consiguiente de Juan Andrés el especialista de nuestros tiempos, quien, por llegar a las cimas de la cultura, se encuentra de repente perdido en la selva de la barbarie, ya que ni entiende a nadie, ni de nadie puede ser entendido.

Estos bárbaros especialistas que han perdido todo sentido unitario de la cultura, es conveniente que se den cuenta de su estado y de que, considerándose getas y a los demás, sino Ovídios, por lo menos más cultos que ellos, exclamen con el poeta desterrados en Tomos:

Barbarus hic ego sum, quia non intellegor ulli.

Sin que pretendamos el que haya de aspirarse a conocimientos tan enciclopédicos y seguros como los que demuestra el Padre Juan Andrés en su obra inmortal, entendemos que ningún hombre de ciencia debe carecer de imaginación, ni sonrojarse de sacrificar alguna vez en los altares de las gracias, así como también que hay que renegar de poetas chirles que emplean mil y mil veces ciertas palabras a estilo de loro desconociendo totalmente su significado, o que ignoran por donde corre el Nilo o no llegan a la división elemental del ángulo en sus tres clases.

Y no digamos nada del filósofo especialista que no posee un conocimiento seguro de alguna o algunas ciencias, ya sea de las llamadas de la naturaleza, ya de las denominadas del espíritu: pretender filosofar sin tal preparación, equivaldría a hacer castillos en el aire.

Vivir integralmente la cultura en todos sus aspectos literarios, científicos, artísticos, políticos y religiosos, ser apasionados de ella, como lo fueron nuestros poetas místicos, teólogos, guerreros y santos del siglo XVI, es un ideal intensamente español y humano al par.